

## El mito del Watergate

En 1972 una patrulla de la policía local de Washington descubrió una operación de espionaje en la oficina electoral del Partido Demócrata. Con este episodio, en principio relativamente menor, comenzaba lo que probablemente constituye el más abierto enfrentamiento que se haya dado nunca entre el poder político y un medio de comunicación: el Watergate toma el nombre del hotel en el que tuvieron lugar los primeros acontecimientos –el espionaje a las oficinas electorales del Partido Demócrata– y terminó con la carrera política del presidente Nixon. Desde que éste se viera obligado a dimitir en agosto de 1974 como consecuencia de los escándalos posteriores a aquel suceso, el título de ese lujoso complejo de oficinas y centro comercial del distrito de Columbia quedó escrito con carácter indeleble en la mitología del periodismo.

Watergate es símbolo de la independencia de la prensa frente al poder político y un recordatorio del papel que a los diarios compete en una democracia, en tanto que reveladores de corrupciones y manejos sucios. A partir de entonces, se acuñó la idea del periodismo como un «contrapoder», teoría que formuló explícitamente el presidente francés Valéry Giscard

d'Estaing, y que ha sido repetidas veces utilizada por los politólogos. Aunque he defendido muchas veces tesis semejantes, no estoy seguro de que, en puridad, los actuales medios de comunicación no constituyan más bien un aspecto o una representación del propio poder, al menos de su entorno. La mitología acerca de la independencia de los medios puede y debe mantenerse en tanto no se convierta en una auténtica religión. Muchas veces se comportan como defensores de las libertades frente a los abusos de los que mandan, pero en ocasiones se convierten en el epicentro de la arbitrariedad y el desdén hacia los derechos de los ciudadanos.

Durante las últimas décadas la prensa en general, y la norteamericana en particular, ha experimentado una considerable transformación. Desde los cambios tecnológicos hasta los ocurridos en la estructura de propiedad de los diarios, todo o casi todo parece distinto hoy. La competencia con los nuevos medios electrónicos llevó en su día a los periódicos a aligerar el peso de sus reflexiones al tiempo que aumentaba el número de sus páginas y se potenciaba la inclusión del color en sus fotografías, primero en los anuncios, más tarde en la información. Algunas publicaciones legendarias, como el *Times* de Londres, cambiaron su austera apariencia de calidad –en tiempos representada hasta en la especial textura del papel– por el ropaje alegre del sensacionalismo, mientras que la prensa vespertina agonizaba, víctima de las horas dedicadas por sus eventuales lectores a ver televisión. Más tarde aparecieron los soportes digitales, con la consiguiente

fragmentación de la audiencia, e internet, con su vocación de universalidad individualizada. Todo ello condujo a una acelerada y creciente concentración de las empresas, que sobrepasaron enseguida la propiedad de los medios de comunicación para entrelazarse con la de los sistemas de ocio y entretenimiento. El tamaño comenzó a ser una condición de la supervivencia, y la tradición de propiedad familiar en el sector se trocó en la inclusión de los más importantes diarios del mundo en la lista de compañías cotizadas.

El *Washington Post* acababa de salir al mercado de capitales precisamente por las mismas fechas en las que su accionista de referencia, Katherine Graham, que había heredado el diario de su marido, tuvo que enfrentarse a numerosas presiones, tendentes a parar los pies a los reporteros del diario encargados de la investigación sobre prácticas delictivas en la Casa Blanca. Los abogados y gerentes del *Post* no cesaron de avisar sobre los peligros que encerraba una confrontación abierta con el poder, que acabaría por redundar en perjuicio de los accionistas, dañando el mercado publicitario y arriesgando la renovación de las licencias de televisión que la empresa tenía. La señora Graham, que se había enfrentado poco más de un año antes a decisiones similares con motivo de los famosos Papeles del Pentágono<sup>1</sup>, no dudó, sin embar-

1. Los Papeles del Pentágono eran unos documentos secretos del Departamento de Defensa de los Estados Unidos sobre la participación del país en la guerra de Vietnam titulados: «La toma de

go, en apoyar las tesis del director Ben Bradlee y su equipo de redactores a favor de continuar con la investigación y publicación de los hechos. El argumento que sustentaba su decisión era sencillo: un diario es una empresa mercantil y como tal se debe a sus propietarios y clientes, pero es también un órgano de opinión pública, por lo que su obligación es servir antes que a nadie a los ciudadanos. Ésta es la filosofía que entonces triunfó, de la que nos hemos enorgullecido, a veces en vano, miles de periodistas de todo el mundo y sobre cuya vigencia cabe preguntarse hoy, ante las modas en boga, las nuevas realidades y las diferentes amenazas que sobre la libertad de expresión se ejercen. No pocas de ellas, por cierto, tratan de

---

decisiones de EE.UU. en Vietnam, 1945-1968». Demostraban que el Gobierno estaba engañando a los norteamericanos respecto a la guerra y documentaban con detalle como durante veintitrés años, cuatro presidentes y sus correspondientes gobiernos habían ocultado sus planes bélicos. Se hicieron famosos cuando un ex funcionario del Departamento de Defensa y del Departamento de Estado, Daniel Ellberg, decidió hacerlos públicos en 1971. El director del *Post* le pidió a la editora Katherine Graham que fuera ella quien decidiera si se publicaban o no dichos papeles. Al hacerlo así, ella entró en la historia del periodismo y el *Post*, un diario mediocre y complaciente hasta entonces, pasó a ser el principal rival del *New York Times*. Richard Nixon intentó bloquear la publicación con la ayuda de jueces federales. «Hay que quemar en la hoguera a quien haya filtrado los papeles», dijo en una conversación que, grabada en el Despacho Oval, acabó siendo también de dominio público. La decisión del Tribunal Supremo de permitir la publicación de dichos «papeles» frente a las demandas de silencio del Gobierno suele contemplarse como una garantía judicial impercedera para la libertad de expresión.

fundamentar su acción en la lucha contra el terrorismo, que es uno de los latiguillos más usados por gobiernos de todo género a la hora de justificar abusos y violaciones, algunas muy graves, de los derechos humanos. Más recientemente, la crisis económica ha servido para incentivar la pasión censoria de miles de burócratas de todo el mundo. Organismos reguladores encargados de vigilar la transferencia de los mercados de capitales, lejos de cumplir con obligación tan necesaria se dedican no pocas veces a perseguir la libertad de información antes que a descubrir a los malvados. Éste es el caso de la Comisión Nacional del Mercado de Valores española que, en sus delirios legislativos, pretende ni más ni menos que prohibir y castigar la existencia y divulgación de los rumores, empeño tan loable como estéril y que nos introduce en la insidiosa discusión de cuándo un rumor se convierte en noticia y cuándo una noticia merece ser clasificada como simple murmullo o murmuración.

Todas estas cuestiones reclaman una investigación permanente. Bill Kovach y Tom Rosenstiel, dos periodistas y expertos en comunicación que se han dedicado durante años a recapacitar sobre ellas, han conversado con cientos de colegas, lectores, empresarios, anunciantes y ciudadanos del común, recogiendo opiniones, impulsando debates y tratando de averiguar, en medio de la polémica, cuáles serían los elementos del periodismo, la materia prima que, como el fuego, el agua, el aire y la tierra para los antiguos, constituye el núcleo de los fundamentos de la existencia de nuestra profe-

sión. Su experiencia, recogida en un libro<sup>1</sup> de obligada lectura para quienes se interesen por el tema, pone de relieve que el periodismo de hoy, incluidas las transformaciones que internet propicia, sigue teniendo unos principios básicos que no sólo lo identifican como profesión, sino que también comprometen a quienes lo ejercen. Apartarse de ellos equivale a desertar de la propia condición de periodistas. Estas normas están recogidas en nueve puntos que no me resisto a reproducir:

1. La primera obligación del periodismo es la verdad.
2. Su primera lealtad es hacia los ciudadanos.
3. Su esencia es la disciplina de la verificación.
4. Sus profesionales deben ser independientes de los hechos y personas sobre las que informan.
5. Debe servir como un vigilante independiente del poder.
6. Debe otorgar tribuna a las críticas públicas y al compromiso.
7. Ha de esforzarse en hacer de lo importante algo interesante y oportuno.
8. Debe seguir las noticias de forma a la vez exhaustiva y proporcionada.
9. Sus profesionales deben tener derecho a ejercer lo que les dicta su conciencia.

1. Bill Kovach y Tom Rosenstiel, *Los elementos del periodismo*, Madrid, Ediciones El País, 2003.

Sería difícil decir más en menos frases sobre los derechos y deberes del periodismo profesional en nuestros días. Claro que estos nueve mandamientos se resumen fácilmente en dos, pues desde las tablas de Moisés no hay decálogo con el que no pueda hacerse algo semejante: el periodismo debe ser **veraz** e **independiente**.

Ser veraz significa que los periodistas han de contar los hechos tal como sucedieron o, cuando menos, esforzarse en ello. No deben manipular los datos, ni resaltarlos a su conveniencia; tienen que ser rigurosos en la verificación, exhaustivos en las pruebas, plurales en los puntos de vista, puntillosos en los matices; y, sobre todo, saber reconocer sus errores y sus equivocaciones y estar dispuestos a purgar por ellos. Ser independiente equivale a ejercitar el papel social que su tarea implica, a no administrar la verdad que conocen según las conveniencias o presiones del poder, a no inmiscuir sus opiniones o intereses personales con los de los lectores, a no cambiar su condición primaria de testigos por la de jueces, a ser críticos, discutidores, polémicos y brillantes sin que la pasión por las palabras les aleje de la primera pasión por la verdad, sirviéndose de aquéllas para iluminar con mejor y mayor luz esta última.

Tanto o más que los partidos políticos y la representación parlamentaria, la libertad de expresión es condición básica para el establecimiento de democracias prósperas y sólidas. Éstas son obviedades demasiadas veces olvidadas por el poder, que tiende a la autosatisfacción y el onanismo, parapeándose en los

votos recibidos antes que honrando el libre albedrío de quienes se los otorgaron. La suposición de que el apoyo de los electores es un cheque en blanco para ser gobernados por quienes lo reciben es del todo gratuita. Si queremos que la democracia representativa sobreviva en un mundo tan complejo y contradictorio como el actual es preciso que el poder no cierre los ojos y oídos a las expresiones de la democracia directa y participativa que las diversas formas de expresión pública comportan. O sea, que no imite la recalcitrante arrogancia del presidente Nixon. Estuve con él años después del escándalo, con ocasión de la publicación de un libro suyo en España. Me pareció un hombre amargado, rencoroso y cerril, incapaz de entender que la gloria del éxito de su política exterior pudiera haberse mancillado por las sucias triquiñuelas que empleó para vencer y desacreditar a sus adversarios políticos. Con Ben Bradlee, responsable último de la caída del presidente, cené una noche de verano en el París de comienzos de este siglo. A sus ochenta años estaba radiante de juventud y felicidad y jugueteaba como un niño a decirnos/no decirnos la verdadera identidad de «garganta profunda», la fuente primordial de las revelaciones del caso Watergate, que murió en las postrimerías de 2008. Uno de los presentes comentó el destino personal de los dos héroes de la historia, los periodistas Bernstein y Woodward. El primero, convertido en pope de la profesión, dicta conferencias y escribe libros, algunos tan apasionantes como *Su Santidad*, una biografía del papa

Woytila en cuyo texto me sumergí a instancia de Gabriel García Márquez y que recomiendo a todo el que se interese por las miserias del poder temporal de la Iglesia. Woodward siguió oficiando de reportero, al parecer con el mismo entusiasmo y decisión con que se empleaba cuando joven, lo que le convirtió en uno de los más temidos y apreciados periodistas de su ciudad. Hace años ambos decidieron vender por cinco millones de dólares las notas particulares, grabaciones y documentos privados que utilizaron durante la investigación de Watergate. Un material de interés indudable para los historiadores, del que deberíamos aprender también los periodistas.

Durante mucho tiempo he pensado que, siendo muy importante la contribución de aquel caso a la historia de la prensa y de la libertad en general, su mitificación ha generado no pocas desgracias. Entre las mayores puede situarse la obsesión de algunos colegas míos por derribar y encumbrar presidentes a su antojo, misión del periodismo que no he encontrado reseñada en el código moral arriba escrito. La decidida vocación de gran parte de la prensa española por intervenir activamente en las reyertas y conspiraciones del poder, poniendo en juego con gran descaro intereses particulares de la empresa o de los periodistas que toman las decisiones, es lo que permite que aquella mantenga por lo general su carácter provinciano y atípico, marginal, en el panorama de los medios de opinión pública internacionales. Otra lacra no menor es la perversión injustificada que ha terminado por pro-

ducirse en el periodismo de investigación y de la que las cadenas televisivas nos ofrecen a diario lamentables ejemplos. El género no puede ser una excusa para convertir a los periodistas en espías o en delatores. Tampoco en ladrones. La invasión indiscriminada y abusiva de la vida privada que muchas veces se comete, jurando en falso en nombre de la libre expresión; el recurso a la utilización de métodos que en una democracia sana deben estar reservados a la caución y decisión judicial —como son las grabaciones clandestinas—; la incitación a cometer irregularidades y corrupciones para luego denunciarlas; la utilización del engaño y la mentira como métodos de trabajo, son cosas que permiten suponer que algunos periodistas de los denominados agresivos están convencidos de que el fin justifica los medios. Ésa es la raíz y la esencia del pensamiento totalitario. Nunca deberíamos confundir el periodismo de investigación, que exige trabajo, minuciosidad, rigor y tiempo, con el periodismo de delación, que equipara a quienes lo practican con los confidentes policiales y los correveidiles del mando. Si queremos que el periodismo del futuro siga cumpliendo el rol social que le compete debemos huir, como de la peste, de semejantes aberraciones profesionales.

Desde que el rey de los persas, Darío I, matara al mensajero que le traía las noticias sobre la derrota de sus ejércitos por los griegos en la batalla de Maratón (490 a.C.), las relaciones entre el poder político y quienes se dedican a dar información al público se han visto marcadas por los conflictos. No hay nada

que irrite más al príncipe que el conocimiento de la verdad cuando ésta se opone a sus fines o impide sus propósitos. Eso explica que la historia de la prensa constituya una larga ristra de enfrentamientos con gobiernos, jueces y otras instituciones sociales. Los periodistas poseemos la tendencia a presentarnos como mártires de esta situación, en la que las visibles llagas de nuestras heridas serían el mejor testimonio de nuestra contribución a la batalla por la libertad. Las hemerotecas están llenas de frases famosas que avalan nuestro criterio, y es famoso el dicho de Jefferson de que «como nuestro sistema está basado en la opinión pública, entre un país con gobierno y sin periódicos y un país con periódicos pero sin gobierno me quedo con esto último». El prohombre hacía esta aseveración desde su privilegiado cargo de embajador en París, antes de asumir los rigores y placeres del ejercicio del poder, que le llevaron a renegar, no pocas veces, de los excesos y abusos que la prensa cometía en la crítica de su gobernanza. Esta relación ambivalente no es exclusiva de los políticos. Literatos e intelectuales, también muchos renombrados periodistas, tras ensalzar las sublimes funciones de los diarios terminaron por abominar de ellos. Kierkegaard, padre del existencialismo, se quejaba abruptamente: «Si no fuera por la prensa, osaría confiar en mis propias fuerzas: pero es algo horrible que un hombre solo pueda cada semana o cada día obtener que en un momento entre 40 y 50.000 personas digan y piensen exactamente lo mismo. [...] ¡Ay, ay, ay de la prensa!

Si volviera Cristo al mundo, Él –igual que es cierto que yo vivo– no tendría como adversarios a los Sumos Sacerdotes, sino a los periodistas»<sup>1</sup>. Comentario muy en la línea, por cierto, con el que Balzac hacía en un famoso opúsculo: «Si la prensa no existiera, haría falta no inventarla»<sup>2</sup>. No sólo con el poder político, sino con el poder en general, en cualquiera de sus manifestaciones, los periódicos y quienes se dedican a fabricarlos han mantenido tradicionalmente relaciones muy mal avenidas, y a menudo son maltratados por quienes desconfían de la catadura moral de sus procedimientos. La frase que inspira el título de este ensayo ilustra a las mil maravillas la sospecha y el pasmo que la condición de periodista provoca entre los bienpensantes. Muchos de mis lectores se sorprenderían de hasta qué punto la buena sociedad madrileña participa todavía de ese rechazo. Aunque para definiciones jocosas de la profesión mi preferida es la de nuestros colegas italianos: «Trabajar es peor».

Sólo en este marco de entendimientos, y en el de la arremolinada pasión por las libertades que el siglo XIX protagonizó, es comprensible y aceptable la suposición de que la prensa es el cuarto poder, frase que ha hecho fortuna y que nos persigue como un fantasma. Lo peor es que algunos se la han creído y ponen gran empeño en hacerla buena, procurando gobernar desde las pági-

1. Soren Kierkegaard, *Diario*, Brescia, Morcelliana, 1980, vol. XI, p. 258.

2. Honoré de Balzac, *La Presse Parisienne*.

nas de los periódicos y ejerciendo toda clase de presiones, manipulaciones y aún chantajes sobre las distintas instancias sociales, a fin de que se comporten con arreglo a las manías o a los intereses de quienes dirigen los diarios. Sería absurdo negar que éstos significan algún tipo de poder, aunque sólo sea el de influir, sugerir, condicionar, pero no se trata de un poder verdadero pues no es coactivo ni impone su voluntad. En cambio, hay quienes insisten en que se trata de un verdadero poder fáctico, con enorme capacidad de destrucción: quizá no pueda erigir gobiernos, pero puede derribarlos; quizá no pueda consolidar famas pero sus potencialidades de denigración e insulto son casi ilimitadas.

De todas maneras los periódicos, con seguir siendo muy importantes, cada vez lo son menos en las sociedades desarrolladas. Su ascendiente sigue siendo grande entre las élites, pero a medida que las jerarquías sociales se difuminan, cambian de residencia o de lugar, el poder de los diarios, cualquiera que sea, disminuye para dar paso al de los nuevos fenómenos de la comunicación electrónica y audiovisual. Nadie piensa hoy que la prensa escrita sea más decisiva que la televisión para ganar unas elecciones. El mundo de la imagen tiene una primacía formidable sobre cualquier otro a la hora de determinar comportamientos sociales, hábitos, gustos, modas, valores o criterios a los que se acoge una comunidad.

Hoy ya no basta la clásica contemplación de las relaciones entre prensa y gobiernos, o prensa y judicatura, para adentrarnos en el descubrimiento de las

transformaciones que el poder y su organización social han de experimentar en virtud de los nuevos medios. Durante la Segunda Guerra Mundial, la radio adquirió una gran importancia como sistema de agitación de masas y no sólo el fascismo y el nazismo hicieron uso abundante de ella con semejante propósito. Son memorables los discursos de Churchill a través de las ondas, alentando al pueblo británico en la hora de los bombardeos, o las arengas del general De Gaulle a la Resistencia francesa. Estas manifestaciones ponían de relieve que el derecho a la libre expresión estaba experimentando transformaciones aceleradas en su ejercicio por parte de ciudadanos y dirigentes, empeñados estos últimos en convertir la comunicación en propaganda. Pero, todavía entonces, las sociedades democráticas se mostraban satisfechas del entramado institucional que habían sido capaces de construir, basándose en el principio de la división de poderes y el sufragio universal, directo y secreto, como método de elección de los gobernantes: la libre prensa era condición básica de la libertad de opción y de la igualdad entre los ciudadanos. Ahora los tiempos han cambiado y tenemos que definir nuevas formulaciones, capaces de entroncar la libertad de información con la sociedad de igual apellido, pues las amenazas censorias no proceden sólo de la aplicación de presiones externas a los medios sino también, y muy primordialmente, de la organización y el comportamiento de la propia sociedad mediática.

Éstos son los puntos de vista desde los que he abordado la escritura del presente libro. En él recojo diversos ensayos y conferencias acerca del oficio del periodista y un buen número de meditaciones y diálogos en un intento coherente de aportar algo sobre una materia a la que he dedicado toda mi vida. No pretendo impartir lección alguna sino que trato de ser útil, desde la experiencia, a las nuevas generaciones que hoy se aventuran en una profesión que es frecuente pasto de correcaminos y vanidosos, cuando su fibra la constituyen la humildad y la reflexión. Espero que los jóvenes que hoy desembarcan en las redacciones aprendan que la mejor manera de transformar el mundo es ayudar a los demás a conocerlo.

La historia del Watergate, la de sus protagonistas, puede servirnos para apreciar la difícil modestia con la que es preciso ejercer nuestra tarea, aprender a separarnos de los fastos de palacio y apearnos de los balcones y tribunas desde los que saluda el poder. El éxito del *Washington Post*, su contribución a un cambio de rumbo en la historia política de la humanidad, se debe sobre todo a la perspicacia, los contactos y la persistencia profesional de un reportero dedicado a la información local con buenos contactos en la comisaría de turno. Seguir cultivándolos es la obligación primera de quien desempeñe este oficio. Todo lo demás, la gran filosofía de esos temas, el orbe de las importancias y las reverencias, la vanidad del triunfo y la pretenciosidad del pensamiento viene luego, a remolque de una lacónica y escueta nota policial.